

Introducción al Renacimiento Español

El Renacimiento es la época áurea de España, o lo que llamamos el «Siglo de Oro». El siglo XVI corresponde a la plenitud del Renacimiento mientras que el siglo XVII corresponde a la época barroca, que suele denominarse nacional. Durante el primero, España sigue las corrientes universalistas del Renacimiento y marcha a la par, en cuanto a las direcciones generales, con el resto de las naciones europeas; en el segundo, se dan los caracteres más típicos y personales del arte y letras españolas.

El Renacimiento se suele subdividir también en dos períodos que corresponden, el primero al período imperial de Carlos V; y el segundo al de su heredero, Felipe II. Durante el Primer Renacimiento, sigue la dirección paganizante que predomina en toda Europa (es el momento de RECEPCIÓN de los influjos extranjeros, predominantemente italianos, comenzado en el siglo XV). Bajo Felipe II, el período de ASIMILACIÓN, las tendencias renacentistas se cristianizan, y aunque en el aspecto puramente artístico y formal siguen las normas precedentes, España se encierra dentro de sí misma, preparando la época nacional que ha de venir en seguida: es el momento de la CONTRAREFORMA (o REFORMA CATÓLICA), de la ascética y de la mística, de los grandes poetas religiosos, de afirmación proselitista y apologética, sin picaresca ni sátira religiosa ni apenas literatura frívola.

Mientras el hombre de la Edad Media había situado a Dios en el centro de su Universo y considerado la existencia terrena como una estación de paso para conquistar la vida eterna, el hombre del Renacimiento trastrueca los valores y se coloca en el centro de un mundo que considera digno de ser vivido por sí mismo. La tierra ya no es el valle de lágrimas del hombre cristiano-medieval, sino un lugar de goce; la inteligencia no es una débil luz que no vale nada sin la Revelación sino un faro potente que puede descubrir todos los arcanos; el cuerpo no es el mal, sino la fuente del placer que justifica y hace hermoso el vivir. El descubrimiento de la Antigüedad entrañaba la plena revelación del hombre con sus instintos y su razón omnipotente y de la vida material con sus placeres y bellezas, que había desterrado la concepción ascética y cristiana del Medio Evo; porque el mundo de la Antigüedad descansaba precisamente sobre esta concepción antropocéntrica y materialista, sin dogmas ni vida de ultratumba, en la que el hombre y su razón constituían la medida de todas las cosas.

De esta nueva valoración del hombre nace **el humanismo**. Los humanistas estudiaban el latín y el griego y estaban interesados en problemas de filología o erudición puesto que los textos antiguos se estimaban no sólo por sí mismos o en razón de su belleza o excelencia literarias sino porque conducían a la nueva concepción del hombre, centro y finalidad de todas las cosas, de la que aquellos textos eran depositarios.

Una serie de causas materiales impulsó este orgullo humanista: la invención de la imprenta, que facilitó la difusión del saber, el descubrimiento de América, que abrió nuevos horizontes a la actividad humana (el comercio). Movido por estos impulsos, el hombre renacentista investigó la naturaleza, realizó portentosos descubrimientos científicos, creó maravillosas obras de arte, trató de hacer el mundo confortable y bello, y se lanzó a vivir con la furia incontenible de quien acaba de descubrir el paraíso. Ninguna otra época en la historia ha ofrecido un ejemplo de plenitud, de energía, de audacia creadora, de anhelo de vivir como el que dieron los hombres de aquel tiempo.

Mientras el hombre medieval había despreciado el cuerpo en beneficio del espíritu, el renacentista busca la plenitud en un desarrollo armónico de todas las facultades, tanto espirituales como físicas, buscando la satisfacción de todas las posibilidades del ser humano. A esta concepción responde la figura ideal del cortesano creada por Baltasar de Castiglione. El hombre de la Edad Media se había polarizado en una actividad: era un hombre de armas, un clérigo, un burgués. El cortesano debe ser tan experto en las armas como en las letras, ha de saber conjugar las maneras más refinadas con el valor en el combate, cortejar a las damas y tañer los instrumentos con que acompañar su propio canto, estar tan preparado para el riesgo como para el placer.

EL IDEAL POLÍTICO DEL RENACIMIENTO:

La imitación de la Antigüedad trajo también en lo político un cambio radical. El ejemplo del Imperio Romano con su unificación lingüística y legislativa y el poder absoluto de sus emperadores impulsó el deseo de imperios nacionales en los que toda la autoridad estuviese concentrada en los monarcas. En medio del fraccionamiento y la diversidad feudal que es el rasgo esencial de la Edad Media, con su multiplicidad de legislación, tributos, normas y poderes, fueros y exenciones, algunos monarcas van tratando de realizar la unidad política inspirándose en las concepciones absolutistas y uniformadoras del Derecho Romano. Estas tendencias, por supuesto, se habían tratado de realizar antes en Europa desde el siglo XII bajo el emperador alemán Federico Barbarroja y bajo su nieto Federico II en Sicilia. En España, bajo Alfonso X (Partidas) y en Francia bajo Felipe IV. Todos estos reyes fueron influenciados por la Universidad de Bolonia (Bologna, Italia) y los legistas, adeptos especiales del derecho romano.

Históricamente, el Renacimiento empieza con la caída de Constantinopla (1453) y la Edad Moderna comienza en el momento en que los señores feudales cedían su milenarismo a la nueva autoridad estatal resucitada bajo el ejemplo del viejo Imperio Romano. Con esto nacía en efecto un Nuevo Mundo en Europa, aparte del descubierto en América en 1492.

Este predominio del poder central que se orienta exclusivamente hacia el interés del estado tuvo en el Renacimiento su mayor expresión teórica en El Príncipe (Il principe) de Nicolás Maquiavelo (Niccolò Machiavelli [Florenia, Italia]). Según este florentino, el jefe de un país debe desentenderse de la moral para poner el interés de su estado por encima de todas las consideraciones idealistas. El maquiavelismo es así el padre del estado nacional moderno sin barreras, y de todas las ambiciones y de todas las guerras de conquista.

FILOSOFÍA RENACENTISTA:

El Renacimiento no creó una filosofía positiva sino que se limitó a ejercer una severa crítica racionalista de la escolástica medieval. Gozaron de especial aceptación las corrientes filosóficas que atendían a la vida moral como el ESCEPTICISMO, que encajaba perfectamente con la posición crítica y negativa respecto a la dogmática escolástica; el ESTOICISMO, que se avenía muy bien con la exaltación de la dignidad

moral del hombre y con su sometimiento a las leyes de la naturaleza y su varonil aceptación del sufrimiento; y sobre todo el EPICUREÍSMO porque respondía al nuevo concepto hedonista de la vida que tenía como norte el placer, si bien equilibrado por la inteligencia.

De los grandes filósofos de la antigüedad, el Renacimiento prefirió a Platón más que a Aristóteles aunque se realizaron intentos de fusión entre las dos tendencias filosóficas que representan: el idealismo y el realismo racionalista. A la Academia Florentina se debe mucho la difusión de Platón, sobre todo en los Diálogos de amor de León Hebreo (Judas Abravenel) y El Cortesano de Castiglione. Según éstos, la belleza de los seres materiales es un reflejo de la divina, por lo que el amor y la admiración por aquellos puede conducirnos a la divinidad. La mujer, el arte y la naturaleza son las tres fuentes principales para llevarnos a Dios. Así se limpió y dignificó de las adherencias más groseras el amor por lo material y se idealizó el sentimiento amoroso.

LA LITERATURA:

La forma, que durante la Edad Media había sido considerada como un elemento accesorio, al servicio de la intención didáctica o moral (*cf.* Juan Manuel) adquiere ahora la importancia de algo valioso por sí mismo. La belleza, reflejo de Dios, es desde ahora la meta capital del artista, y la Naturaleza, ya directamente observada, ya asimilada a través de los clásicos, la fuente principal de inspiración.

El Renacimiento cultiva un arte selecto para minorías, artificioso y auténticamente literario. Busca en la cuidadosa excelencia de la forma la justificación de su quehacer y la diferencia que ha de separarle del poeta popular que divierte a las multitudes.

Con este afán de selección renacen los principales temas de la antigüedad pagana: los relatos mitológicos que se convierten en fuente imprescindible de poéticas comparaciones; el bucolismo pastoril, y las preceptivas de Aristóteles y Horacio. Al lado de los autores antiguos, los literatos italianos fueron los modelos indiscutibles con tanta o mayor influencia que aquéllos. En Petrarca se inspiran los poetas más notables de la centuria. De él adoptan el cultivo del endecasílabo, la artificiosidad de los conceptos amorosos, la preocupación formal, el gusto por el paisaje, las sutiles introspecciones de la pasión amorosa, y el tono delicado y sentimental, así como un tanto artificioso.

EL IDIOMA:

En este periodo, el español alcanza una extraordinaria difusión por toda Europa, así como, obviamente, en el Nuevo Mundo. Castiglione proclama en su Cortesano como ideal del perfecto caballero el poseer el español. Durante la época del emperador Carlos V, el estilo que se cultiva es natural, aunque combinado con artificio, ingenio e invención propia de los hombres de letras. Para Castiglione, la belleza suprema es la natural y no la que depende del esfuerzo. Gozaron de gran aceptación los refranes por su claridad y concisión. Con el avance del siglo disminuye, empero, el gusto por la sencillez y comienza a afirmarse el valor artístiico de la afectación. Esto conduce a una

intensificación del idioma culto (Herrera) que progresa apresuradamente hacia el Barroco (Baroque). De los tres estilos cultivados en esta época, el popular, el clásico, y el artificioso, el estilo clásico fue muy breve, mientras que el popular fue ininterrumpido por todo el Siglo de Oro, y el artificioso y culto (latinizante) solo alcanzó plena validez en el Barroco.

EL RENACIMIENTO DE ESPAÑA:

La paganización de la vida. En el Renacimiento español coexiste lo popular con lo clásico. El Renacimiento y el post-renacimiento barroco son una conjunción de lo medieval hispánico y de lo renacentista y barroco europeo. España no se vuelve de espaldas a lo medieval al legar al siglo XVI (como lo hace Francia), sino que, sin cerrarse a los influjos del momento, continúa la tradición de la Edad Media. Esta es la gran originalidad de España y de la literatura española, su gran secreto y la clave de su fuerza y de su desasosiego íntimo. Medieval = romancero.

En resumen, las características más importantes del Renacimiento español son: unidad política y religiosa; armonización de tendencias contrapuestas: tradición religiosa con el paganismo clásico; popularismo y cultismo; idealismo y realismo; tradición local y temática universal europea. Nacionalización de temas extranjeros; universalismo (el drama español lo abarca todo: lo nacional y lo extranjero, lo religioso y lo profano, lo histórico y lo legendario); finalidad ética y didáctica junto a la más exigente preocupación estética; espíritu constructor y realista.

LUIS VIVES:

Nace en Valencia en 1492 y muere en Brujas, Bélgica en 1540. Estudió en París, residió mucho tiempo en Brujas, y fue profesor de clásicos latinos en la Universidad de Lovaina. Allí conoció a Erasmo. Ataca los métodos medievales escolásticos. Pasó a Inglaterra y se hizo amigo de Tomás Moro (St. Thomas Moro). Fue nombrado lector de la reina Catalina (Catherine de Aragon), esposa de Enrique VIII (Henry VIII de Tudor) y preceptor de su hija, María de Inglaterra (Maria Tudor ["Bloody Mary" para protestantes; «María la Católica» para católicos]). Fue catedrático en el Colegio de Corpus Christi en Oxford pero con motivo del divorcio de Enrique VIII, volvió a Brujas, donde murió. Señaló la importancia de la observación y la experiencia, distinguiendo entre la observación externa como más apropiada para el estudio de los fenómenos naturales, y la interna para adquirir el conocimiento de los fenómenos psicológicos. Es precursor así de la psicología moderna, así como de la pedagogía. Mostró su disconformidad con toda literatura que no encerrase una finalidad docente y trató de basar la ciencia en su utilidad.

EL ERASMISMO:

Erasmo de Rotterdam (1465-1536) {Provincias Unidas o Países Bajos}, posesión imperial española]. Estudió en un convento de agustinos desde la edad de 14 años.

Siguió sus estudios en París y Bolonia. Fue profesor de griego en Oxford y Cambridge y confesor de estado del emperador Carlos V . Llegó a ser rector de la Universidad de Basilea (Suiza). Escribió Elogio de la locura y el Enquiridión [Manual del caballero cristiano]. Erasmus propugnaba un cristianismo interior, sin liturgia ni aparato de culto ni fórmulas externas, es decir, una actitud que preludiaba la Reforma protestante. Defendía una mayor pureza de costumbres y censuraba las supersticiones y abusos que se habían introducido en la religión y la relajación moral de los clérigos. Erasmus no se separó nunca dogmáticamente de la Iglesia, pero sus doctrinas prepararon indirectamente el camino para la Reforma protestante.

España fue uno de los países donde el influjo de Erasmo fue mayor. No solamente siguieron sus ideas gran parte de los escritores de la época del Emperador y numerosos humanistas sino incluso destacados hombres de la Iglesia como el inquisidor general Manrique. Con el triunfo de la Contrarreforma (Reforma católica) en España, la influencia de Erasmo quedó reducida a brotes aislados. La oposición al protestantismo traía aparejada la repulsa de los libros de Erasmo, censurados por la Inquisición en 1559.

ÉPOCA DE CARLOS V: LA LÍRICA: BOSCÁN y GARCILASO:

El triunfo del italianismo poético fue un hecho general en todas las grandes literaturas de Europa. En España, sin embargo, el italianismo llegó a su triunfo y plena madurez antes que en otra cualquiera de las naciones europeas, quizá por el contacto más prolongado y estrecho con Italia en virtud de la actividad política iniciada ya en el siglo XII por la monarquía aragonesa e intensamente activada desde los días del Magnánimo. En Francia, en cambio, no se aclimata el italianismo sino con Ronsard y los poetas de la Pléyade, dentro de la segunda mitad del siglo XVI; en Inglaterra la primera manifestación no tiene lugar hasta 1557, con la publicación de las poesías de Wyatt y Surrey, aunque hay que penetrar bien adentro en la segunda mitad de la centuria para hallar en Edmund Spenser un espíritu auténticamente renacentista y aun llegar hasta John Milton en el siglo XVII para encontrar la fina musicalidad de la poesía italiana.

La poesía italianista entrañaba a la vez una renovación de contenido, de métrica y de estilo. La nueva lírica representa la sustitución de la poesía tradicional, de carácter popular, ligero, entretenido, de ritmo ágil y fácil comprensión, por un estilo artificioso, culto, cuajado de expresiones metafóricas, elaborado, cuidadosamente dentro de una comedida y severa elegancia y servido por un ritmo de graves y reposadas armonías.

Para dar cauce a este nuevo sentir poético no era adecuado el octosílabo, demasiado ligero, ni el dodecasílabo, excesivamente pesado y monótono. Según el crítico español Dámaso Alonso, el endecasílabo era el «divino instrumento, perfeccionadísimo, de maravillosas voces, registros y potencias, que unía en sí gravedad, matiz, flexibilidad, fuerza y elegancia».

En España había tenido largo cultivo el endecasílabo llamado «de gaita gallega», acentuado en las sílabas 4, 7 y 10, lo que le daba un ritmo como de baile o coro que le distinguía esencialmente del italiano, cuyos acentos recaían en la sexta sílaba o en la cuarta u octava.

Las estrofas preferidas por la poesía italianista fueron: el soneto, la octava real, el

terceto y, combinando el endecasílabo con el heptasílabo, la silva y la lira. En cuanto a los temas, el italianismo se polariza en torno al amor, a la naturaleza y a los mitos grecolatinos.

El amor, entendido a la manera petrarquista, es decir, según la concepción platónica que idealizaba la realidad material y resolvía la antinomia entre los sentidos y la razón, entre el espíritu y la carne, mediante la espiritualización del sentimiento amoroso. El hombre, contemplando la belleza de las criaturas ejemplificada sobre todo en la hermosura de la mujer amada, podía ascender a la suprema belleza de la Divinidad a través del amor (éstas son las ideas neoplatónicas [platónico-cristianas] de los italianos Castiglione, León Hebreo y Petrarca).

La naturaleza fue el marco obligado de toda acción amorosa, símbolo de la perfección del mundo natural, reflejo también de la Belleza divina, que se opone a su vez a la agitación de la vida ciudadana (el elogio de la vida rural o del campo se encuentra en los poetas clásicos [griegos y latinos] como Teócrito, Virgilio, Horacio; así como en la obra renacentista llamada La Arcadia, del italiano Sannazaro). El bucolismo responde al anhelo humanístico de una vida perfecta dentro del estado natural. La vida de reposo y de tranquilo aislamiento concuerda con un deseo de libertad, de descuido, de pura contemplación. El poeta quiere manifestar su dolor, pero desea objetivarlo al mismo tiempo: huye de sinceridades absolutas y de estridencias sentimentales; su confesión ha de ser contenida, sin exteriorizar el sentir más íntimo. Los pastores revelan y esconden a un tiempo la personalidad del poeta, que puede así dar esa sensación de equilibrio, de emocionada sobriedad.

Los mitos grecolatinos vienen especialmente del libro de las Metamorfosis de Ovidio

A. Robert Lauer (Oklahoma university)